

general de su vida: puso mucho, todo lo que tenía, y se encuentra con nada; pudo poner nada, y encontrarse con mucho. Nada le ha faltado para conseguir esto último; pero le han sobrado dos cosas: talento y corazón.

»El personaje de mi novela se ha hecho viejo, aunque todavía es joven: tiene toda la vejez que dan la desilusión y el desengaño.—Vencido, está pronto a entregarse, en una rendición sin condiciones; su orgullo, sin embargo, aún quiere la exigencia de que la entrega aparezca como una capitulación honrosa, y aconseja que conserve como máscara de su fracaso aquella noble fiereza que era natural en las luchas generosas de la juventud.

»Así sucede todo; y un mal día mi personaje claudica, y sólo de ese modo puede salvar algunas migajas de su vencimiento».

Al llegar a este punto, el novelista se quedó suspenso; levantó la cabeza, y una sombra de inquietud cruzó por su semblante.

En otra cuartilla, escribió lentamente, como si la pluma, antes ligera, estuviera tomada por extraña parálisis. «CAPITULO I».

Y se detuvo nuevamente, y tendió una mirada triste hacia la piel de tigre que le había sugerido el argumento de novela que tenía delante.

Porque aquel argumento era su historia desdichada, y, por tanto él mismo aquel personaje objeto de su creación artística. Suyos fueron aquel noble luchar y sus desgracias, y aquélla su bochornosa claudicación y vencimiento.

Como la piel de tigre que miraba, estaba anonadado, aplastado, sirvieron a otros de alfombra. Como la piel de tigre, conservaba aquel gesto de inútil fiereza, máscara que dejó el orgullo para dar apariencia de capitulación honrosa a lo que había sido una rendición sin condiciones.

¿Iba a ser él el historiador de su propia vergeünza?

Su mano izquierda se crispó, arrojó con ensañamiento las cuartillas escritas, y las arrojó al cesto de mimbre: a la huesa común de sus pobres ideas.

ANTONIO M-PEÑASCO

